Espacio literario

Patricia Elena Lohin

Escritora

Sala 10

Juan Pablo

Los sicarios llegaron tarde, es por eso que sigo vivo. Todo sigue siendo igual por estos días, dentro de estas paredes amarillas, con marcas pintadas de espanto. Me hubiera gustado una pared acolchada, como dicen que hay en otros lados, al menos podría amagar con golpearme sin hacerme daño.

Pero soy cobarde y tengo miedo, y cuando no tengo tanto miedo carezco de fuerzas, porque los de afuera me tumban. Al rato que me hacen tragar la medicación, como si yo fuese un perro al que se le agarra y cierra el hocico para que ingiera, veo multiplicarse la cama por cien y el cielorraso asciende hasta quedar cada vez más lejos, otras se me caen encima. En ese momento me rindo y me

tiro en una de esas cien camas pestilentes en posición fetal, con un estado que no es sueño ni vigilia, con el estómago revuelto sin poder vomitar, con los puños cerrados aferrando todas mis mierdas y perdiendo espuma por la boca.

Es posible que al rato me duerma, y que, al despertar, luego de una cantidad de horas indefinidas, mire voraz el plato que tiene algún mejunje frío y duro que luego me da arcadas. Necesito comer para seguir subsistiendo.

Hay una enfermera que dice llamarse Mónica. Resulta de lo más sospechosa, por empezar tiene cara de Marta. Intuyo que mi madre la ha mandado encubierta y que de aquí no saldré vivo. Alguien ha decidido arbitrariamente encerrarme en este cuartucho que llaman algo así como cuarto de reclusión, bien podría ser el quinto infierno, pero hace frío. Lo que sí sé es que de acá salen todos verdes y magullados. Alucinan con que las paredes están recubiertas de algo suave y en realidad sólo tienen revoque del año 1900, ellos sí que están locos.

Fue la semana pasada que me presentaron a esta tal Mónica, la pusieron a cargo de la sala 10, donde no recuerdo cómo llegué, seguramente engañado. El caso es que vi el gesto de su boca, su mirada condescendiente, intenciones nefastas escondidas detrás de la oreja derecha, una lapicera guardada en el bolsillo superior de su guardapolvo, sospechosa de contener agujas con venenos, un lunar asqueroso sobre su boca reseca, una lengua bífida durmiendo sobre su paladar. Ahí supe con certeza que era uno de los sicarios que venía a asesinarme. Entonces me le tiré encima, apoyé mi boca en su cuello y encantado la hubiese devorado hasta matar si otro enfermero no me hubiera reducido sobre el piso granítico de la sala. Luché lo más que pude, pero me vencieron una aguja y una faja.

El caso es que sigo andando. Ha pasado un tiempo, abren la puerta del cuartucho, y vuelvo a la sala 10. Mónica ya no está. Se le hizo tarde y la echaron, es por eso que sigo vivo. Igual tengo que estar atento. Los demonios más peligrosos se esconden detrás de las almas más silenciosas.

Antonia

¿Qué me han hecho? Mamá, papá, está oscuro. Una mujer golpea su espalda contra la pared descascarada del pasillo.

Como me porto bien, me dejan sentar afuera para que me del sol, pero viene una gordita que se para delante de mí y lo tapa. Me llama "má" clavando sus pupilas en mi rostro. Tiene los ojos pardos, y unas pecas asquerosas en las mejillas. Mónica, la enfermera, palmea mi espalda mientras me explica con una sonrisa imbécil que tengo visita, que los niños no están permitidos, pero que, gracias a Roberta, una flacucha aprendiz de psicóloga, han hecho una excepción.

La nena balbucea algo de un acto escolar y saca de la mochila una de esas faldas de tul con gajos color beige pespunteados burdamente en zig zag, me pregunta si podré ir a verla. Le digo que está gorda para participar con esas fachas. ¿En qué estaría pensando la maestra? Algo me da náuseas, son sus lágrimas.

Recuerdo el día que papá me entregó en casamiento: es un buen muchacho, me dijo, pero a mí me daba asco su piel llena de lunares y pecas. Así y todo, me vestí de blanco, y caminé hacia Dios mientras un fotógrafo dejaba inmortalizada nuestra estampa en blanco y negro. Para no defraudar me dejé tocar. Luego parí y ya no entendí más nada.

Nos mudamos a un lugar lejano e inhóspito, con calles de tierra que se anegaban en los días de lluvia. La soledad hubiese sido un detalle encantador, si las vecinas chusmas no hubieran insistido con molestarme, observando a toda hora desde sus ventanas si yo iba o venía, reuniéndose en las esquinas para hablar de mí. Nunca confié en nadie que viviera en ese pueblo de mala muerte, hasta el curita de la parroquia del centro era un ruso. Mi papá, como buen siciliano, decía que había que ponerlos contra el paredón y matarlos a todos, pero a mí me entregó a uno, y no me quedó otra que fantasear con su muerte.

Según me quieren hacer creer, un día terminé entrando a la comisaría local con el auto, luego me entrevistaron varios especialistas que acordaron que lo mejor sería encerrarme por un tiempo acá, cuando está claro que todo fue mentira, el enemigo anda suelto y uno de ellos está ahora mismo tapando el sol.

La nena sigue llorando, grito que la saquen, que el día que nació me dejó un monstruo pegado en las entrañas que no me puedo quitar. Alguien chilla, la gordita llora. Una jeringa de patas blancas viene a buscarme. Lo último que veo es el sol mientras le digo a la enfermera que me estoy portando bien.

¿Qué me han hecho? Mamá, papá, está oscuro, vengan a buscarme. Me he gastado las uñas rascando el colchón y he comido de su interior, pero aún tengo hambre.